

Todavía más solitarios

STEVE J. STERN

La polémica directa entre académicos puede ser útil para acrecentar el entendimiento mutuo, si las partes contendientes resisten la tentación de superar al otro en vez de ocuparse realmente de su punto de vista. Por esta razón doy la bienvenida al debate que se ha suscitado en torno a mi evaluación de la interpretación de Immanuel Wallerstein respecto del sistema mundial, así como a la discusión sobre la alternativa que propuse desde la óptica de la historia latinoamericana y caribeña. No obstante, el comentario de Wallerstein se halla tan oscurecido por errores y tergiversaciones, que no contribuye gran cosa al tipo de polémica constructiva que hace avanzar el conocimiento. Una refutación puntual de cada uno de los aspectos que toca no serviría de mucho a los lectores atentos, a más que sobrepasaría el espacio destinado a esta breve réplica. Por ende, me limitaré a ilustrar la profusión de errores y tergiversaciones que aparecen en los comentarios de Wallerstein sobre la plata. A continuación me ocuparé de sus observaciones sobre el azúcar, como un ejemplo del método reduccionista que termina por hacer que su análisis se torne unidimensional y que el valor explicativo de éste se malogre. Al final, abordaré los problemas más amplios que están en juego en esta polémica.

El examen que hace Wallerstein sobre la plata distorsiona crasamente mis afirmaciones y presentaciones de datos en su afán por hacerlos concordar con su tesis. Attendamos, por ejemplo, a lo que hace con la cronología de los convenios de participación en el Potosí. En su versión de mi presentación, la segunda fase de las relaciones de trabajo (desde el decenio de 1570 hasta alrededor de 1600) fue de "pura mita",¹ y fueron insignificantes las partes en mineral para los trabajadores reclutados mitayos.² Sólo hasta la tercera fase de las relaciones de trabajo (el año de 1600) se desarrolló en Potosí un sistema mixto de trabajo forzado y voluntario. Según

¹ Immanuel Wallerstein, "Coments on Stern's Critical Tests", *AHR*, 93 (octubre de 1988): 875 (editado en este mismo volumen de la *RMS*, p. 329).

² Wallerstein fundamenta su rechazo a las prácticas de participación de trabajadores forzados con base en mi comparación del poder *relativo* de los trabajadores forzados y voluntarios, para luego hacer valer los derechos de participación. Véase Wallerstein, *op. cit.*, 874, 875 (*RMS*, 330-1); Stern, "Feudalism, Capitalism, and the World-System in the Perspective of Latin America and the Caribbean", *AHR*, 93 (octubre de 1988): 852-53. (Véase "Feudalismo, capitalismo y el sistema mundial en la perspectiva de América Latina y el Caribe", en *RMS*, núm. 3, julio-septiembre de 1987, pp. 3-58).

la versión de Wallerstein de mi explicación, sin embargo, no fue sino hasta fines del xvii cuando los trabajadores voluntarios minga tuvieron un “éxito razonable”³ en sus esfuerzos por hacer valer sus derechos acostumbrados de participación. Bajo el estímulo de “un mercado mundial en expansión”,⁴ que surgió a mediados del siglo xviii, los dueños de minas reaccionaron en efecto intensificando el régimen de trabajo impuesto a los mitayos a fines de ese mismo siglo.

Esta versión de la cronología presentada en mi ensayo está equivocada en todos los puntos cruciales. La segunda etapa de las relaciones laborales, como indiqué, no fue de “pura mita”, sino que también presencié el surgimiento de un “sistema más espontáneo de contratación voluntaria”. Incluso me aventuré a proponer que los voluntarios minga, quienes ciertamente constituían una mayoría de la fuerza de trabajo en las minas y refinerías potosinas hacia el año 1600, “tal vez” alcanzaron proporciones mayoritarias desde antes.⁵ El sistema laboral mixto y los usos de participación concomitantes ya se habían desarrollado por lo tanto hacia finales del siglo xvi. Además, Wallerstein pasa por alto la evidencia de que los mitayos establecieron derechos de participación consuetudinarios que no pudieron eliminar los dueños de minas, y que tal participación constituyó su remuneración más significativa.⁶ Dicho esfuerzo por menospreciar el impacto de los convenios de participación falsea igualmente la reseña que hace este autor de la tercera fase. Según su interpretación, los empeños de los mingas no tuvieron “un éxito suficiente” sino hasta finales del siglo xvii. De hecho, yo hice notar que la participación en mena de corpa exigida por los indios tuvo un papel destacado ya desde la década de 1580, época durante la cual sumó alrededor de un cuarto de la producción mineral en su conjunto, permitió que mujeres y hombres indígenas organizaran su economía familiar en torno a la producción, fundición y comercio de mena de corpa, y desencadenó un intento infructuoso, llevado a cabo por los dueños mineros, para eliminar el mercado indígena de minerales.⁷ Lo que sucedió en cierto momento durante finales del siglo xvii —cuando los mingas, además de las prácticas establecidas, iniciaron sus incursiones en las minas durante los fines de semana— fue que se extendió más todavía un sistema de participación que ya había venido funcionando con un éxito considerable (desde la perspectiva minga) desde el siglo anterior.⁸ En fin, si bien

³ Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 331, compárese 330.

⁴ Wallerstein, *op. cit.*, 876. (*RMS*, 332.)

⁵ Stern, *op. cit.*, 851.

⁶ Véase *idem.*, 852. (*RMS*, 3/87.)

⁷ *Idem.*, 853.

⁸ “Expansión” puede ser un tanto confuso en la medida en que la calidad del mineral, que venía a menos, pudo haber reducido las ganancias de los usos de participación “tradicionales” a finales del siglo xvii, y por lo mismo pudo haber llevado a los mingas a compensar tal merma presionando enérgicamente para conseguir “nuevos derechos consuetudinarios que les dispensaran oportunidades aún más sistemáticas para encontrar y apropiarse de buenas piezas de mineral”.

es verdad que los dueños de las minas respondieron a esta situación extrema, después de un rezago de por lo menos medio (si no es que tres cuartos de) siglo, intensificando brutalmente las faenas impuestas a los mitayos, y que dicha respuesta aportó la diferencia marginal decisiva en la rentabilidad del Potosí a finales del siglo XVIII, no es menos cierto que, pese a ello, los derechos de participación consuetudinarios continuaron privando a los dueños mineros de más de un tercio de la plata refinada que podrían haber reclamado para sí.⁹ Este último punto brilla por su ausencia en la cronología de Wallerstein.

El efecto neto de las deformaciones que provoca Wallerstein en la cronología que presenté es que se reducen severamente la duración de los convenios de participación, los cuales tuvieron un gran impacto sobre las relaciones laborales y la producción de plata en el Potosí. Ésta es la razón por la cual, además de falsificar mi descripción de la segunda y tercera etapas del trabajo en tal región, se empeña en sostener que exagero el impacto de las relaciones de participación en la primera fase (de 1545 hasta la década de 1570).¹⁰ Esta cronología comprimida de las relaciones de participación, que las torna insignificantes durante algo así como los primeros 125 años (desde 1545 hasta, digamos, 1670) de la historia colonial potosina, se correlaciona primorosamente, en opinión de Wallerstein, con los argumentos de *The Modern World-System*. Los dueños de minas "permitieron" la aparcería a finales del siglo XVII para minimizar los riesgos, a medida que bajaba el precio del mercado mundial de la plata, y luego, gracias al incentivo de la expansión del mercado mundial, intensificaron el trabajo forzado a fin de invertir el daño.¹¹ No hay por qué sorprenderse, pues, de que Wallerstein no pueda ver que los datos sobre las relaciones de participación contradigan "siquiera en algo" su interpretación.¹²

El problema de la cronología difícilmente agota la lista de las distorsiones, los errores y las omisiones clave que invaden los comentarios de este autor sobre la plata. Una breve muestra será suficiente para ilustrar la profundidad del problema. En su exposición, las aseveraciones relativas quedan transformadas en rígidas absolutizaciones. Así, las fases "traslapa-

⁹ Stern, *op. cit.*, 854 y nota 65. (*RMS*, 3/87:37.)

¹⁰ No obstante, si al intentar dar respuesta a mi razonamiento se cita los ensayos clásicos de don Silvio Zavala, publicados en 1943 —época en la que la historiografía se concentraba más en las reglas legales, la filosofía jurídica y los designios políticos, que en las relaciones sociales materiales que han preocupado a los historiadores desde la década de los sesenta— se procede de un modo un tanto débil si de lo que se trata es de cuestionar el análisis de las relaciones laborales en el Potosí antes del decenio de 1570. Tampoco le sirve de mucho a Wallerstein reducir, en su contestación, mi examen de los trabajadores de la yanacona y la encomienda, durante los primeros años, a sólo un examen de los indios de la encomienda. Véase Wallerstein, "Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern", 330-31.

¹¹ Wallerstein, 332.

¹² *Idem.*, 332.

das” del trabajo en minas aparecen delineadas tiesamente,¹³ y la división del trabajo, que “tendió” a concentrar a los mitayos en las tareas más primitivas o repugnantes, y a los mingas en trabajos más “calificados” y mejor remunerados, se endurece hasta convertirse en una formulación tajante y agarrotada.¹⁴ En la exposición de Wallerstein aparece una versión un tanto más refinada y modulada de su división tripartita del trabajo internacional,¹⁵ y una vez que ha aceptado que cada región del sistema mundial presenta una mezcla compleja de relaciones laborales, nos pide que “busquemos acentos, que comparezcan más bien los más que los menos”. Y, al contrastar las mezclas en diferentes zonas de la economía mundial, observa triunfalmente que “ni siquiera Stern sostiene que la mayoría de los trabajadores derivara la mayor parte de su ingreso de la aparcería en el Potosí”.¹⁶ El único problema es que esto es precisamente lo que yo sostengo.¹⁷

¹³ Compárese Stern, “Feudalism, Capitalism, and the World-System”, 859, y Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 329-30, 331.

¹⁴ Compárese Stern, “Feudalism, Capitalism, and the World-System”, 851 y Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 330-332. Según Wallerstein, la correlación del trabajo “calificado” con formas de trabajo asalariado o libre, y del trabajo “no calificado” con trabajo coercitivo, cuadra bien con su propia tesis. (Sus observaciones sobre este punto pasan por alto, sin embargo la fuerza geográfica de esta distinción en los volúmenes de *Modern World System*. Véase especialmente *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century* [Nueva York, 1974], 87.) Wallerstein adopta una postura tan rígida ante la distinción entre el trabajo libre calificado y el trabajo coercitivo no calificado que llega a plantear la hipótesis de que los españoles pudieron haber realizado, a fines del siglo xvi, mucho del trabajo “calificado” que llevaban a cabo con anterioridad los voluntarios mingas. Ello no fue así. En los túneles de plata de la montaña potosina, las distinciones entre el trabajo “calificado” y “no calificado” tenían que ver primordialmente con las distinciones entre el corte del mineral y el acarreo del mismo, la fuerza del trabajo era indígena en una mayoría abrumadora, y la división del trabajo entre los mitayos y los mingas se tornaba borrosa a causa de su traslape.

¹⁵ Dicha versión la presenta Wallerstein no como un refinamiento de sus puntos de vista a la luz de una reflexión o de investigaciones posteriores, sino como un replanteamiento de los mismos.

¹⁶ Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 332.

¹⁷ Véase Stern, “Feudalism, Capitalism and the World-System”, 852-55 *passim*. Al encaminarse hacia tal conclusión, Wallerstein asevera que los granjeros acomodados y la aparcería tuvieron muy poca importancia en la agricultura colonial de Perú y Bolivia. La evidencia al respecto no arroja datos tan puros, pues depende del período que se analice en algunas regiones agrícolas críticas. En los valles de la costa central peruana, las granjas pequeñas y las chacaras tuvieron importancia al principio, pues suministraban alimentos a Lima, mas luego se vieron eclipsadas por el crecimiento de grandes haciendas en la década de 1590 y en los primeros años de 1600. Véase Robert G. Keith, *Conquest and Agrarian Change: The Emergence of the Hacienda System on the Peruvian Coast* (Cambridge, Mass., 1976), esp. 64-72, 81-97; compárese Eduardo Arroyo, *La hacienda costeña en el Perú: Mala-Cañete, 1532-1968* (Lima, 1981). En Cochabamba, por otro lado, el “granero” estratégico del Potosí, el temprano poder de las haciendas comerciales se vio consumido gradualmente en el siglo xviii por pequeños propietarios campesinos cuyo arrendamiento de tierras, tenencias aparceras y propiedad di-

Las omisiones de Wallerstein exhiben una evasión análoga respecto del tema. Recordemos que, en medio de la gama de los principales centros plateros de la Hispanoamérica colonial, el Potosí constituyó el ejemplo que mayores probabilidades tenía de apoyar la tesis de Wallerstein. En otras partes, el trabajo forzado cedió más rápidamente en favor de convenios privados en los que predominó el sistema de participación.¹⁸ Wallerstein se desentiende por completo de este aspecto del asunto. Las múltiples versiones (falsas) de los textos pueden deleitar a aquellos empeñados en destruir, pero no a los lectores interesados en las discusiones significativas.¹⁹ Parece como si Wallerstein no estuviese preparado para ocuparse de lo esencial. Si en la mezcla de relaciones laborales en Potosí dominaron los convenios de participación; si esta región es, con todo, la “prueba” más favorable de la tesis de Wallerstein respecto del resto de los centros plateros coloniales; y si la plata fue la prioridad americana más alta del sistema mundial capitalista durante el “largo” siglo XVI, si todo esto es verdad, ¿qué implicaciones tiene respecto de la división internacional y tripartita del trabajo por lo que toca a la fundamentación del *Modern World-System* de Wallerstein y respecto del poder explicativo de su paradigma del sistema mundial?²⁰ Con seguridad, no que el sistema capitalista mundial fuera irrelevante, pero sí que, casi con igual seguridad, constituyó sólo una de las grandes “fuerzas motrices” que impulsaron la historia laboral y económica de la América colonial.

Hagamos ahora a un lado el estrecho examen técnico de “error” y dirijamos nuestra atención a la cuestión, más amplia, del método. El comentario de Wallerstein sobre el azúcar sirve bien como ejemplo de su inclinación por reducir todos los fenómenos importantes relacionados con la economía colonial a determinadas consecuencias que se derivan del sis-

recta les permitió competir activamente en el mercado alimentario. Véase Brooke Larson, *Explotación agraria y resistencia campesina: cinco ensayos históricos sobre Cochabamba, 1550-1900* (Princeton, N. J., 1988).

¹⁸ Stern, “Feudalism, Capitalism, and the World-System”, 355-57.

¹⁹ Por desgracia, los errores y tergiversaciones abundan en todo el comentario de Wallerstein, no sólo en el examen de la plata (que utilizó como un ejemplo). Aprovecho la oportunidad para agregar, para ser justo con Wallerstein, que sería extremadamente lamentable concluir, a partir de los errores que estropean sus “Comentarios”, que los libros que integran *Modern World-System* no merezcan una atención y reflexión serias. Tal como sostuve en mi ensayo original, el trabajo de Wallerstein suscita cuestiones provocativas e importantes, a la vez que aporta ideas profundas y específicas de orden histórico y teórico, cuyo valor no debería menospreciarse, aun cuando uno llegara a la conclusión de que el paradigma general presenta grietas fundamentales. Si este trabajo no fuese importante y provocativo, difícilmente podría yo haberme atendido a una evaluación crítica del mismo como un punto de partida para efectuar una revaloración de la economía política colonial en su contexto mundial más amplio.

²⁰ Los tres modelos dentro del sistema tripartita “tienen sentido primordialmente si nos percatamos de que sirven para maximizar la acumulación de capital en el sistema mundial en su conjunto”; Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 333-34.

tema mundial. El caso del azúcar es particularmente interesante dado que tanto él como yo concordamos acerca de muchos de los datos descriptivos que deben explicarse, y su análisis específico de esta información muestra su gran sensibilidad ante el significado de los conflictos y condiciones sociales de producción en América para un sistema laboral emergente.

Wallerstein admite que, para los hacendados coloniales del azúcar, en la región caribeña mayor (incluyendo el Brasil portugués), las poblaciones amerindias resultaron ser, con el tiempo, insuficientemente explotables en comparación con los esclavos africanos. También está de acuerdo con que tanto los males epidémicos como la violenta resistencia indígena (en el caso del Brasil) son importantes para comprender la transición de las estrategias laborales indígenas hacia las africanas. Pero su caracterización del tema de la vulnerabilidad amerindia a las afecciones epidémicas, causadas por la diseminación de microbios del Viejo Mundo, es reveladora. Según Wallerstein, la "extinción" fue una respuesta sociopsicológica mediante la cual las culturas cazadoras y recolectoras rechazaron el "disciplinado trabajo agrícola" impuesto por el sistema mundial, y para el cual éstas carecían especialmente de la necesaria "adaptabilidad". Los esclavos africanos no tuvieron importancia, según él, en los antiguos territorios aztecas e incas (con su densa población campesina y su agricultura altamente desarrollada), y el antecedente de los africanos occidentales como "pueblos agrícolas establecidos" constituyó un factor de peso en su proceso de adaptación como esclavos. "Durante los últimos 400 años", observa, "este proceso de 'extinción' se ha presentado cada vez que la economía mundial capitalista se ha extendido hacia una zona habitada por cazadores y recolectores, y los ha tratado de utilizar para el disciplinado trabajo agrícola... Se trata de un patrón sistémico mundial".²¹

Aquí puede detectarse un enérgico esfuerzo por subsumir el valor explicativo de la historia biológica y epidemiológica bajo el rubro de los efectos de una única fuerza superior: la acumulación de capital por el sistema mundial. Si bien es cierto que los abortos, el infanticidio, el suicidio y la pérdida del deseo de vivir aparecieron como respuesta sociopsicológica en algunos amerindios (aunque también en algunos esclavos africanos) frente al trabajo en plantaciones, y que esta respuesta debe tomarse en consideración cuando se estudia la historia de poblaciones, la forma en que Wallerstein plantea el problema relega la historia microbiana y los ambientes patógenos, así como el contacto biológico y el aislamiento de los grupos humanos, a un papel explicativo menor y derivado; a algo menos que a una fuerza dotada de derecho propio. El motor explicativo que clasifica los factores biológicos y epidemiológicos son las exigencias laborales del sistema mundial, a las cuales las incompetentes culturas de cazadores y recolectores respondieron con la "extinción". Esta manera de ver las cosas comprime la causación y explicación históricas en una sola dimensión: la vulnerabilidad a las enfermedades epidémicas se convierte en una "resis-

²¹ Wallerstein, "Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern", 334, 337.

tencia”²² al trabajo en las haciendas por parte de nativos incapaces de adaptarse.

No obstante, tal formulación no sirve de gran cosa. Los pueblos Arawak y Tupinambá de Española y la costa del Brasil no fueron primordialmente cazadores y recolectores; practicaban la agricultura, si bien algunas de sus técnicas facilitaban la movilidad física en un medio tropical.²³ Además, las grandes epidemias del siglo xvi desencadenaron casi siempre una devastación mayor en la población aborigen de las tierras bajas costeras de América Latina y el Caribe, en comparación con las de las altas montañas y mesetas, aun cuando los europeos no hubieran impuesto disciplinados regímenes de haciendas en las zonas de tierras bajas.²⁴ Todo ello contribuye a explicar por qué, por ejemplo, la población afroamericana de Lima y los valles costeros cercanos constituyó, hacia finales del siglo xvi, un tercio o más de la población regional, pese a la ausencia de un sistema de haciendas y pese al origen nativo de la agricultura campesina en la costa central peruana.²⁵ En resumen, la vulnerabilidad de los pueblos aborígenes indios a los males epidémicos fue una fuerza poderosa en sí misma en las tierras bajas costeras, independientemente de la diseminación de las haciendas azucareras o de la aversión cultural de los cazadores y agricultores al disciplinado trabajo agrícola.²⁶ En este punto, de lo que se trata es de ilustrar

²² Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 337.

²³ Véase Mary W. Helms, “The Indians of the Caribbean and Circum-Caribbean at the End of the Fifteenth Century”, en Leslie Bethell (editor), *The Cambridge History of Latin America*, vol. I (Nueva York, 1984), 49-52; Carl Ortwin Sauer, *The Early Spanish Main* (Berkeley, Calif. 1969), 51-58; Stuart B. Schwartz, “Indian Labor and New World Plantations: European Demands and Indian Responses in Northeastern Brazil”, *AHR*, 83 (febrero de 1978): 44-46. No tenemos certeza de poder referirnos incluso a un estilo de vida “seminómádic”. Sauer, *Early Spanish Main*, 52, sostuvo que en las Antillas Mayores fue improbable que se diera el cambio de cultivos.

²⁴ La mejor introducción a la distinción entre tierras altas-costa y la historia poblacional del siglo xvi es Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, *Essays in Population History: Mexico and the Caribbean*, 2 volúmenes (Berkeley, Calif., 1971, 1971, 1974), especialmente 1: 73-118, 411-29. El cuadro biológico amplio se encuentra admirablemente esbozado en Alfred W. Crosby, Jr., *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492* (Westport, Conn., 1972); compárese su *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900* (Nueva York, 1986).

²⁵ Fundamento este cálculo (conservador) en Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru, 1524-1650* (Stanford, Calif., 1974), 337-41, 76-78, 91; Noble David Cook, *Demographic Collapse: Indian Peru, 1520-1620* (Nueva York, 1981), 150-51, 156-57. Con el fin de dejar fuera los valles de ríos costeros con múltiples haciendas azucareras y vinícolas que se servían en gran escala de esclavos africanos, utilizo una definición restringida de “costa central” (los distritos de Lima, Cañete y Chancay solamente), la cual omite los alcances hacia el norte y el sur de otras definiciones más extensas.

²⁶ Advirtamos, por lo demás, que la distinción entre la “extinción” de “cazadores y recolectores” nativos y la capacidad de adaptación de agricultores del África occidental se halla atemperada asimismo por otra razón. En las Antillas y Brasil, las condiciones locales sanitarias y dietéticas, el trabajo, así como la vida doméstica

el método reduccionista de Wallerstein y sus limitaciones, y no discutir si la vulnerabilidad a las epidemias fue la única variable local. La geografía regional, las condiciones sanitarias y laborales en las haciendas y placeres de oro, y el bagaje y respuestas culturales de los indios, incluyendo la resistencia, son extremadamente pertinentes para un análisis cabal de la decadencia y desplazamiento de la población nativa en el Caribe mayor y para comprender su impacto en el trabajo de las haciendas.²⁷ Tampoco quiero restar importancia al sistema mundial. La "acción recíproca", señalé, "entre... las condiciones locales de producción y los intereses y oportunidades que se derivaban del mercado internacional" explica con una eficacia mucho mayor que el paradigma del sistema mundial, tomado aisladamente, la emergencia de la esclavitud africana como una estrategia laboral abrumadoramente dominante en las haciendas del Caribe mayor.²⁸

Según Wallerstein, esta "acción recíproca" es una ilusión, ya que las fuerzas que llamo "locales" son creaciones, o consecuencias, del sistema mundial como tal. Las condiciones de salud y mortalidad provinieron de la integración del Caribe mayor en la economía mundial capitalista que implantó haciendas en la región. La proximidad de zonas fronterizas escasamente controladas que proporcionaban refugio a la resistencia popular

y sexual, fueron tales que las poblaciones esclavas afroamericanas tuvieron grandes dificultades para reproducirse en un número igual a través del incremento natural. Fue gracias a los productos frescos de importación que los esclavos afroamericanos pudieron conservar cierta estabilidad y lograr algún crecimiento.

²⁷ Tal como Wallerstein observa, mi ensayo dedica poca atención a la experiencia británica colonial con el trabajo blanco ligado por contrato. Preferí (en el espacio limitado de un único, aunque largo, artículo) concentrarme en el análisis detallado de la América española y portuguesa por razón de que escribo como un estudioso de América Latina, y también porque la experiencia ibérica con el azúcar en América antecedió a la experiencia británica. Mis observaciones sobre la América británica se limitaron consecuentemente a mostrar la coherencia de la experiencia británica con la argumentación desplegada en lo que concierne a la América española y portuguesa. Véase Stern, "Feudalism, Capitalism, and the World-System", 862-63. Hay mucho de verdad en los análisis de costo-beneficio y oferta-demanda citados en Wallerstein, "Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern", 334-36; pero, para un espléndido trabajo que demuestra la pertinencia que debe concederse también a los conflictos sociales y políticos (que no pueden reducirse tan fácilmente a algunos cálculos del costo comparado del trabajo), véase Edmund S. Morgan, *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia* (Nueva York, 1975).

²⁸ Stern, "Feudalism, Capitalism, and the World-System", 862. La imagen especular de la tendencia reduccionista de Wallerstein en su creencia de que debe "salir a la defensa del mercado mundial" a la hora de explicar la transición hacia el trabajo esclavo africano en la producción azucarera; Wallerstein, "Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern", 339. La defensa es innecesaria, dado que mi propio análisis tiene la precaución de señalar la importancia del mercado mundial y los peligros de un reduccionismo a la inversa. (Véase Stern, "Feudalism, Capitalism, and the World-System", 860, 861-63). Con todo, es comprensible la defensa si se desea conceder al sistema mundial una primacía y un carácter inclusivo que obligan a que otras variables queden sometidas a un estatus secundario y derivado.

es una función de la geografía del sistema mundial: “una ‘frontera’ es por definición un fenómeno de un ‘sistema mundial’”. Los efectos reales y temidos de la resistencia popular pueden haber tenido alguna importancia, pero es “la estructura del sistema mundial” lo que explica por qué razón la resistencia indígena tuvo un éxito mayor que la de los esclavos africanos. Wallerstein pregunta “¿En qué sentido son locales estas condiciones?”²⁹

La pregunta es razonable, pero creo que la respuesta de Wallerstein a la misma se apoya en dos juicios equivocados. En primer lugar, desde el punto de vista de los “orígenes”, no parece aceptar la posibilidad de que las condiciones modificadas de vida y trabajo de las regiones americanas colonizadas pudieran adoptar rápidamente una dinámica o vida propias incluso si su integración en el sistema mundial hubiera alterado drásticamente los medios donde prosperaron las enfermedades, las relaciones sociales y los conflictos de poder. Las condiciones de salud, mortalidad y maltratos físicos, que integraron la vida y opciones en el Caribe mayor, pueden haber tenido que ver con las crisis de las enfermedades epidémicas, que escapaban al control del sistema mundial, y con problemas y comportamientos arraigados en la dialéctica hostil del control, y con conflictos sociales en las haciendas.³⁰ tanto como con los designios establecidos desde el centro del sistema mundial. La geografía humana de fronteras y la diseminación desigual del control social no pueden reducirse a un simple fenómeno del sistema mundial. Los seres humanos que se encaraban con la vida en América desempeñaron un papel importante al crear y defender “fronteras”, al tornar los ambientes físicos “más” o “menos” accesibles a las fuerzas del control social.³¹ Los límites y complicaciones impuestos por

²⁹ Todas las citas provienen de Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 337.

³⁰ Por ejemplo, en vista de las realidades de la mala salud y de la sobrecarga de trabajo en las plantaciones del nordeste del Brasil en, digamos, 1560, un peón indígena (o africano) podría tener algún interés en fingir o exagerar una enfermedad. Pese a ello, el dueño o administrador de la hacienda —quien siempre se inclinaba por rechazar cualquier queja del trabajador aduciendo debilidad de carácter y despachaba cualquier “enfermedad” con demasiada ligereza, y quien por otro lado estaba consciente de que las incertidumbres de la enfermedad y la mortalidad hacían de cualquier modo riesgosas las perspectivas de salud— podría tener cierto interés en menospreciar todos los problemas de salud, exceptuando los más serios, e incluso en castigar a aquellos sospechosos de fingirse enfermos. Era difícil de esperar que este tipo de dialéctica mejorara la salud de los trabajadores, aun si el interés a largo plazo de las élites, en el nivel de las necesidades y beneficios sistémicos, se fundara en tal mejoría.

³¹ El sur de Chile, con sus minas de oro, ofrece un caso particular fascinante y dramático de las luchas de los hombres por definir, controlar y conquistar fronteras. Véanse los espléndidos análisis de Robert Charles Padden, “Cultural Change and Military Resistance in Araucanian Chile, 1550-1730”, *Southwestern Journal of Anthropology*, 13 (primavera de 1957): 103-21; Álvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile, la transformación de la guerra de Arauco y la esclavitud de los indios* (Santiago de Chile, 1971); Andrew Daitzman, “The Dynamic of Conquest: Spanish Motivations in the New World” (tesis de maestría, Universidad de Wisconsin-Madison, 1987). En torno a los arduos esfuerzos de los esclavos afroamericanos fugiti-

los indios y trabajadores europeos ligados por contrato, frente a las primeras opciones laborales que les presentaron los aspirantes a hacendados, no provenían simplemente de la estructura del sistema mundial, sino también de la turbulencia y las incertidumbres de las azarosas vidas que llevaban en este continente. Las amenazas reales y latentes de los peones indios y europeos realzaron la relativa atracción de los esclavos importados de allende el mar (si bien también estos últimos removieron miedos y provocaron complicaciones). Las dinámicas centradas en América, como las mencionadas, dejaron su huella en la productividad del trabajo y los límites del control social, con lo que ejercieron un poderoso impacto recíproco sobre las opciones, apremios y oportunidades del sistema mundial y sus gestores en este continente.

Wallerstein podría objetar a lo anterior que el impacto del sistema mundial sobre la vida y la dinámica americanas no se detuvo en el punto relativo a los "orígenes". Si el sistema mundial conformó de continuo las condiciones americanas que yo llamo "locales", ¿no se volvería otra vez una ilusión la "acción recíproca"? Una objeción semejante descansaría sobre un segundo juicio equivocado, distinto, pero relacionado con el primero. Me parece que Wallerstein confunde el alcance geográfico de un sistema apropiado, con su poder de determinación y explicación históricas. Esto lo lleva a rechazar la posibilidad de una "acción recíproca" dinámica entre las condiciones locales que suministraron un contexto o marco, dentro del que obraron los actores del sistema mundial, y un sistema mundial que, en forma simultánea, estableció un contexto o marco, para los actores locales. Para Wallerstein, un marco subsume al otro.³² El alcance espacial de un marco apropiado no prueba, sin embargo, su poder omniabarcante como el marco o sistema apropiado para comprender la historia humana. Una ecuación así equivaldría a tanto como decir que, puesto que la estructura del sistema solar establece el marco ambiental y ecológico de la vida humana en la Tierra, de ello se sigue que las acciones humanas "locales" en nuestro planeta no tienen un impacto independiente sobre el marco ambiental y ecológico de la vida humana.

Demos fin a todo lo anterior con tres amplias cuestiones de "mitohistoria", tema que Wallerstein introduce correcta y perceptivamente. Quiero preguntar primero si el cargo de "reduccionismo" es injusto de manera inherente, en vista de que, por necesidad, todos terminamos embarcándonos en él. Luego, quiero considerar el problema que Wallerstein suscita a propósito de la continuidad y el cambio. Y, finalmente, presentaré lo que

vos por hacer que los escondites fronterizos se volvieran más "inaccesibles" al control social, véase Richard Price, "Introduction: Maroons and Their Communities", en Price (ed.), *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas* (2ª edición, Baltimore, Md., 1979), 5-8.

³² "El sistema mundial no es ni un 'actor' ni un 'factor'. Es todo el marco histórico en cuyo seno actúan los actores y los factores existen"; Wallerstein, "Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern", 340-341.

es, quizás, el tema “mitohistórico” más importante que hay en juego en el debate: la acción y el “aislamiento” históricos de los latinoamericanos.

Wallerstein, al citar a William H. McNair, señala que los humanos reconocemos patrones históricos, sociales y naturales haciendo una selección de entre las interminables corrientes de datos y estímulos que irrumpen en nuestra conciencia. El punto es válido y, en este sentido más amplio, todos somos “reduccionistas”. La selectividad y la simplificación son esenciales para la supervivencia y la inteligencia. Si, en medio del tránsito de la ciudad de México, presto atención, en forma indebida, al tráfico aéreo y a los vendedores ambulantes, poco será lo que duraremos mi vehículo y yo. Los historiadores y científicos sociales, al igual que los conductores urbanos en las calles, deben realizar una selección respecto de qué merece una atención mayor, menor o nula, a fin de discernir los modelos y relaciones adecuadas. El “reduccionismo”, en este sentido, que es el más amplio y el más general, es esencial para la tarea del historiador y, consecuentemente, una vara de medir poco adecuada para calibrar una interpretación histórica. Tenemos que valernos de un sentido más estrecho y refinado del término. El conductor urbano en la calle tiene por fuerza que recurrir al “reduccionismo” para sobrevivir. Pero si, en medio del tránsito de la ciudad de México y en plena estación lluviosa, presto apenas atención a una bocacalle cuando la luz del semáforo está en verde para mí, voy derecho a una situación difícil. En un caso semejante, o no estoy consciente o estoy ignorando o bien estoy forzando la realidad hacia una dimensión deseable, pero no estoy tomando en cuenta el conocimiento, en ese momento pertinente, de que las luces del semáforo no son confiables durante las lluvias y que los conductores ciudadanos no siempre acatan los mandatos del semáforo, especialmente cuando éste no es muy confiable. Cuando el “reduccionismo” ignora o tuerce los modelos o patrones *pertinentes* para hacer valer un análisis confuso del tema en cuestión, ello puede devenir en una estrategia favorable al desastre, y no a la supervivencia.

Este significado más estrecho, más preciso y restringido del “reduccionismo”, es el contexto de mi evaluación crítica del método y la interpretación de Wallerstein. El reduccionismo en este sentido más estrecho se presenta cuando un historiador o científico social no se percató o pasa por alto la información, o retuerce su análisis hasta reducirlo a un “molde” o dimensión únicos, en ciertos modos que distorsionan o empobrecen fundamentalmente nuestra capacidad de comprender o explicar el problema que se estudia. La evaluación crítica es más justa y más elocuente si uno examina los bloques clave de construcción del asunto en sus propios términos. Es precisamente por esta razón que mi análisis se centró en la plata y el azúcar, más que en otros productos menores de exportación, y que el estudio de la plata se concentró más en el Potosí (el “caso más favorable” entre los centros plateros principales) que en, digamos, Oruro o Zacatecas. También por esta razón mi análisis de la periferia americana se concentró en la división internacional tripartita del trabajo, que está en los cimientos

del edificio de Wallerstein, y no tanto en, por ejemplo, los detalles de la política y la administración europeas en América. El “reduccionismo” de una interpretación histórica importa poco, siempre y cuando uno demuestre de qué forma los datos nuevos o una línea característica de análisis afecta la sustancia o el razonamiento esenciales en lo que concierne a temas de vital importancia para la interpretación original. Los lectores decidirán por sí mismos, por supuesto, si es que mi evaluación de los sectores plateros y azucareros es convincente, y si acaso el “reduccionismo” de Wallerstein es, en tal contexto, una caracterización válida.³³

La relativa prioridad que uno confiere al estudio de la continuidad o cambio en la historia se relaciona estrechamente, desde la óptica de Wallerstein, con cuestiones de “mitohistoria”. Ambas inquietudes son “fundamentales”, pero la continuidad —el descubrimiento de similitudes en el curso del tiempo— “es más ardua y tiene primacía”.³⁴ Me parece temerario colocar la continuidad y el cambio, *a priori*, en un orden clasificatorio de prioridad y complejidad intelectuales. La importancia relativa de cada uno, y las periodizaciones que tan útiles encuentran los historiadores, dependen del tema o la pregunta que se examine.³⁵ Por lo menos en el caso de América Latina, la ilusión de continuidades falsas o superficiales ha sido tan tentadora como la ilusión de cambios falsos o superficiales. Uno puede advertir la garra de un sentido de continuidad en muchos niveles —desde los intelectuales de principios de este siglo que consideraban las propiedades agrarias (haciendas) de su época como descendientes institucionales directos de las encomiendas del siglo xvi;³⁶ hasta la brillante

³³ Dado que, desde mi punto de vista, la percepción de “verdades” puede requerir cierto reduccionismo, y que incluso los modelos más imperfectos y unidimensionales pueden exhibir o iluminar una o varias “verdades” de entre muchas, también juzgué importante considerar si es que la interpretación de Wallerstein aporta ideas valiosas y específicas, pese a mi rechazo del paradigma general. También los lectores tendrán que decidir por sí mismos acerca de los méritos de las ideas que resalté del trabajo de este autor como especialmente esclarecedoras para comprender la trilogía feudalismo/capitalismo/sistema mundial en un contexto americano.

³⁴ Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 340.

³⁵ En un artículo ya clásico, Joan Kelly-Gadol demostró, a modo de ejemplo, de qué modo, si se desplaza el enfoque hacia el análisis de las mujeres, ello nos lleva a replantearnos nuestro sentido de la periodización y el cambio históricos: “Did Women Have a Renaissance? Boston, 1977), 137-63; en un estudio reciente sostuve que, a fin de interpretar las rebeliones campesinas, los estudiosos necesitan incorporar en el análisis escalas temporales múltiples en forma simultánea, en virtud de que tanto las perspectivas a largo plazo (‘estructurales’), como aquellas a corto plazo (‘coyunturales’ o ‘episódicas’) acerca de la continuidad y el cambio, son esenciales para comprender por qué y cuándo acontecen las rebeliones campesinas y qué significan para los rebeldes esos momentos volátiles”. Desde esta perspectiva, una elección que jerarquizara entre la “continuidad” y el “cambio” me parece muy limitada. Véase Steve K. Stern, “New Approaches to the Study of Peasant Rebellion and Consciousness: Implications of the Andean Experience”, en Stern (ed.) *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries* (Madison, Wis., 1987), 11-13.

³⁶ Es por esto que se volvió importante, desde un punto de vista historiográfico-

novela de Alejo Carpentier que describe un viaje hacia las provincias y la selva venezolanas como un viaje retrospectivo en cuanto al tiempo;³⁷ pasando por los historiadores sociales contemporáneos que observan que las guerras de independencia, pese a su carácter violento y destructivo, dejaron intactas estructuras sociales fundamentales;³⁸ o incluso por los folletos turísticos que exaltan el folklor de indios exóticos que siguen viviendo de modo muy parecido al de sus ancestros precolombinos o coloniales, siglos atrás.³⁹ Este sentido de continuidad no es, claro está, un mero producto de la imaginación, y exhibe algo importante acerca de Latinoamérica. Escoger, sopesar y analizar las continuidades significativas y los cambios en la historia latinoamericana y caribeña es importante y difícil, pero no alcanzo a ver la razón de querer armarse de un juicio absoluto, independiente de los temas específicos bajo estudio y de su importancia relativa.

Continuidad, cambio —la perspectiva de cada uno trae consigo sus propias desventajas y trampas. Si uno se aferra con demasiada firmeza y en forma excesiva a las continuidades, puede uno desembocar en proyecciones cuestionables, por lo que respecta al tiempo, y en yuxtaposiciones fortuitas de etapas históricas precisas. Advuértase, por ejemplo, la respuesta de Wallerstein a mi comentario de que una visión a largo plazo plantea una paradoja teórica a la interpretación del sistema mundial capitalista de la América colonial en sus primeros tiempos, y ello porque, a principios del siglo XIX, algunas regiones agrícolas que habían sido dinámicas en la época de la colonia, experimentaron una “regresión” aparente hacia el feudalismo. La respuesta de Wallerstein se limita a citar largamente su análisis de las haciendas coloniales y los modelos económicos en los siglos XVII y XVIII.⁴⁰ El análisis que cita es perceptivo (y comparto su rechazo de la tesis del feudalismo para los siglos XVII y XVIII), pero no viene al caso.

fico, lograr demostrar que la encomienda no otorgaba un título legal de la tierra a los encomenderos, y que las oleadas de expansión y consolidación de las haciendas en América Latina tuvieron lugar después de que ya había pasado la era de la poderosa encomienda. Para un examen concienzudo de la confusión encomienda-hacienda, véase James Lockhart, “Encomienda and Hacienda: The Evolution of the Great Estate in the Spanish Indies”, en *Hispanic American Historical Review*, 49 (agosto de 1969): 411-29.

³⁷ *Los pasos perdidos* (México, 1953).

³⁸ Para ejemplos sofisticados, véase John Lynch, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826* (Nueva York, 1973); George Reid Andrews, “Spanish American Independence: A Structural Analysis”, en *Latin American Perspective*, 44 (invierno de 1985): 105-32.

³⁹ Los antropólogos reconocerán ejemplos más académicos y sofisticados de este sentido de la continuidad impresionante de la vida aborígen en los estudios de comunidades apartados de un sentido de contextos más amplios espacio-temporales, y en los enfoques del “presente etnográfico” al pasado indígena, que alguna vez fueron tan comunes. Una crítica excelente de tal tradición realizada por un antropólogo está en Eric R. Wolf, *Europe and the People without History* (Berkeley, Calif., 1982); véase también Padden, “Cultural Change”, 103-21.

⁴⁰ Véase Stern, “Feudalism, Capitalism, and the World-System”, 866-67; Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 341-44.

Hablando con más precisión, la pertinencia de este tipo de yuxtaposición es, en el mejor de los casos, una cuestión abierta, a menos que uno asuma, *a priori*, que las continuidades estructurales subyacentes son tan grandes que el análisis de una era es aplicable a la otra. De manera similar, Wallerstein hace referencia al poder del sistema mundial a finales del siglo xx a fin de afianzar su opinión acerca de su poder a principios del período moderno. “No fue accidental”, nos dice, que los sindicatos obreros en el decenio de los setenta fueran más impresionantes en países como Alemania que en lugares como Malasia, ni tampoco que los productores alemanes cambiaran a causa de ello sus fábricas a Malasia.⁴¹ Supóngase, por el gusto de la discusión, que aceptáramos este ejemplo y decidiéramos que la estructura del sistema mundial capitalista está, en los setenta, en una situación tan decisiva y poderosa que subsume o exagera la explicación basada en análisis “locales” de las relaciones entre capital y trabajo en países como Alemania y Malasia. ¿Cómo podría saberse que la fuerza explicativa del sistema mundial capitalista contemporáneo puede proyectarse con toda confianza, por encima de las barreras temporales, remontándose hasta los inicios de la era moderna? Las trampas de la continuidad son tan grandes como las del cambio.

Tal vez la diferencia más seria en nuestras “mitohistorias” rivales radique no en nuestro enfoque respecto del “reduccionismo”, o del cambio contra la continuidad, sino en mi rechazo de las consecuencias del paradigma wallersteiniano del sistema mundial para la acción y “aislamiento” de los latinoamericanos. Si es que se puede discernir un “subtexto” en mi ensayo, es que los pueblos de América Latina y el Caribe mayor, incluyendo a los pueblos trabajadores pobres y de color o de origen humilde, han tenido una importancia mayor como agentes y causas históricas de su propia experiencia. Tal acción o intervención en su destino no debe ni idealizarse ni exagerarse, pero ciertamente no se ha limitado a una vana resistencia contra la arremetida del sistema mundial capitalista. Un análisis cabal de esta intervención o acción —su historia, explicación, logros, fallas y limitaciones— requiere un serio estudio de la dinámica y estructuras sociales centradas en América, al igual que un estudio de la dinámica y estructura del sistema mundial. Asimismo, requiere la aceptación de la posibilidad de que los pueblos y economías de la periferia americana cuadren en ocasiones dentro del más amplio sistema mundial en formas inesperadas, menos que óptimas, o incluso “disfuncionales”. Un subtexto paralelo ha sido que los intelectuales latinoamericanos han ido a menudo mucho más lejos que sus contrapartes del Atlántico del Norte (incluyéndome a mí) al haber desarrollado las herramientas que precisamos para entender la historia y las realidades idiosincrásicas de la vida latinoamericana.

Esta doble acción (agencia o intervención) histórica e intelectual se ha visto devorada, quedando invisible, por la omnipotente maquinaria del sistema mundial. En el gran cuadro de Wallerstein, la marca de los trabaja-

⁴¹ Wallerstein, “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, 338.

dores pobres de América Latina y el Caribe, a principios de la era moderna, queda encogida a una resistencia inútil a las fuerzas externas, en términos que no modifican de ninguna manera significativa el curso del impacto del sistema mundial sobre la vida económica y las relaciones sociales en el rincón americano del mundo. Los contornos de las luchas, éxitos y fracasos populares se hallan tan determinados por el marco del sistema mundial que la "intervención" histórica desfallece. Esta desaparición de la acción es mucho más lamentable en tanto cuanto los datos y análisis de que por ahora disponemos hacen posible observar un cuadro más realista y rigurosamente distinto. De igual modo, en el paradigma del sistema mundial se pierde una buena porción de la intervención activa de los intelectuales. Las idiosincrasias que confieren su carácter distintivo a la dinámica de la vida económica latinoamericana, y respecto de la cual han polemizado vivamente los latinoamericanos y han confeccionado sofisticadas herramientas teóricas, tales idiosincrasias, pues, son devoradas por un sistema mundial capitalista que asigna por mandato variantes de las relaciones laborales capitalistas en el seno de las periferias del capitalismo. Las peculiaridades y paradojas, las herramientas teóricas, los debates, se desvanecen en el trasfondo de un cuadro familiar.

La desaparición de la intervención, del sujeto, histórico e intelectual, está, desde mi punto de vista, estrechamente relacionado con la noción, que hizo famosa Gabriel García Márquez, de que los latinoamericanos se han visto condenados a "cien años de soledad".⁴² Cuando en 1982 aceptó el Premio Nobel de Literatura, este gran escritor insistió sobre sus puntos de vista ante la Academia de Letras sueca.⁴³ Según García Márquez, si América Latina es aislada, no es porque se halle desconectada o no esté subordinada al mundo occidental o al sistema mundial capitalista, mucho más amplios. La soledad o aislamiento tiene sus raíces en otra parte: en la "realidad descomunal" reponsable de "la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer nuestra vida creíble", en el rechazo de la originalidad de América Latina "mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asumen la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo", en la insistencia de Europa "de medirnos con la vara que usan para sí mismos". Para América Latina, uno de los peligros de un casi omnipotente paradigma del sistema mundial o internacional es que, pese a tanta evidencia en contra, reduce la capacidad de intervenir y refuerza la soledad, el aislamiento. "La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios."

Traducción de Marta Donís

⁴² Aquí, por supuesto, me refiero a la novela que lanzó a Gabriel García Márquez a la prominencia internacional: *Cien años de soledad* (Buenos Aires, 1967).

⁴³ Todas las citas son del discurso de aceptación del Premio Nobel que se le otorgó a García Márquez, y que, traducido por Marina Castañeda, apareció en una reimpresión del *New York Times* (6 de febrero de 1983).